

Abelardo, un tipo con garbo

- ¿Quién eres tú, intruso deleznable?
- ¿A ti qué te importa, panoli?
- Pues algo me importa porque estás en mi esquina.
- Aquí no hay ningún cartel con tu nombre y aunque lo hubiera me daría igual porque no sé cómo te llamas ni me interesa. ¡Así que arreando, que tengo prisa por reunir unos talegos para lo mío!

Abelardo era cobarde de nacimiento y, tras una vida de reiteradas humillaciones, ya lo tenía asumido. Se retiró cabizbajo con la esperanza de encontrar algún hueco desocupado en la vía pública donde continuar la comercialización de su absurda mercancía.

-¡Al rico polvorón de la Estepaña!- se desgañitaba con su voz aflautada de tenor afónico - ¡Bueno y barato, oiga!

Alguno de los pocos amigos que acababa de hacer y que le durarían como máximo dos días, le habían aconsejado que en lugar de vender polvorones se dedicara a la distribución callejera de clínex, refrescos o bocadillos. Y esto último ya era arriesgado, teniendo en cuenta la mugre que acumulaba en sus uñas.

- Es que pareces lerdo - le espetaban sus conocidos con mal disimulado cariño - ¿quién va a comprar polvorones manufacturados por un desarrapado y maloliente como tú? ¿No ves que resultas asqueroso?

Abelardo se defendía argumentando que la época (Navidad) era propicia para el consumo de polvorones. -Además -decía- contribuyo a mantener las tradiciones alimenticias de este país, combatiendo la invasión de hamburguesas y pollo frito.

No es de extrañar que todo el mundo le tuviera por un caso perdido. Abelardo no era drogadicto ni jugador, nadie le conocía vicio alguno y, sin embargo, se empeñaba en

ejercer de vendedor ambulante con los productos más atípicos e inútiles que nadie pueda imaginar para esta competitiva profesión liberal: cuadernillos de caligrafía escolar usados, tapas de rotulador, bolsas de basura recicladas, colillas,...

Desoyendo las recomendaciones de todos aquellos que le querían regular, Abelardo continuó con su venta peregrina del dulce navideño típico español. Las existencias de su mercancía iban creciendo -y a la par pudriéndose- con el transcurrir de los días a medida que no colocaba ni una torta, lo cual era bastante lógico ya que en agosto los polvorones apetecían más bien poco. Un lluvioso día de ese verano, un caballero de aspecto distinguido le preguntó si quería hacer polvorones para él y para toda su familia. A pesar de que Abelardo era muy celoso de su libertad empresarial caviló que una temporadita como asalariado tampoco acabaría con su rutilante carrera profesional, así que aceptó la invitación sin muchos miramientos.

El señor de buena pinta le guió caminando hasta un horroroso edificio racionalista que tenía una altura de tres plantas. -Aquí vivo yo con mi amada familia- dijo.

-¡Ah!-, fue toda la respuesta que Abelardo pudo improvisar en aquel momento, embebido como estaba en la contemplación de lo que él consideraba una joya arquitectónica. Ya había decidido que aquellas cuatro paredes cobijarían sus huesos durante el resto de sus días. -Oiga buen hombre -graznó Abelardo- He pensado que si tiene usted una hija casadera podríamos apañar una boda y así emparentarnos por la vía política. Me comprometo a proveerles de polvorones durante todas las Navidades de mi vida- juró, cruzando los índices de ambas manos sobre la boca.

-Bueno, - respondió el tipo elegante- por mi parte no pongo objeción alguna, pero le advierto que al lado de mi única hija, su vida no se prolongará por mucho tiempo-. Abelardo, que además de tonto era imbécil, se tenía por un Tenorio redomado

y, con una sonrisa de beodo que él creía idéntica a la de Cary Grant, replicó a su protector -No se preocupe, soy capaz de encandilar a la bruja más pestilente.

-En ese caso,... le doy mis bendiciones-. Dicho esto, dio tal aldabonazo a la robusta puerta que todos los gatos callejeros del vecindario echaron a correr en estampida. -Perdone la brusquedad de mi llamada -se disculpó el insigne sujeto- es que nuestro mayordomo padece una ligera sordera-, comentario al que Abelardo respondió con un asentimiento de testa, todavía aturdida su sensibilidad acústica por el estruendoso golpe.

La puerta se abrió y ante ellos apareció un hombre de imponente aspecto aristocrático. El cabello blanco y unas grandes patillas inmaculadamente recortadas le conferían un aire de sabio erudito capaz de descifrar el sentido de la vida. Con una voz de pito de inimaginable concordancia con su físico, el envarado mayordomo saludó indolente: Buenas.

-Fermín, te he pedido cientos de veces que apliques mayor cortesía cuando te dirijas a tus empleadores y sus invitados-, refunfuñó por lo bajini el dueño de la mansión. -Vale, vale jefe-, recibió a modo de disculpa el paciente amo.

Una vez dentro, Abelardo pudo comprobar que la magnificencia exterior del edificio no tenía nada que envidiar al interior del mismo, decorado con pésimo gusto pero con mucho dinero.

-Vaya, vaya. Hay pasta en la familia ¿eh?-, comentó Abelardo olvidando sus buenas maneras, en realidad inexistentes debido a su escasa educación.

-Bah,... lo normal en estos casos- respondió el dueño, sin mostrar sorpresa ante comentario de tan mal gusto. -Si le parece bien, Fermín le mostrará la habitación que tengo prevista para usted. La cena se sirve a las ocho. Procure usted bajar unos minutos antes y tendré mucho gusto en presentarle a mi hija. Nos encontrará en la biblioteca-.

Sin mediar palabra el mayordomo echó a andar emulando el paso de la oca y Abelardo se apresuró a seguirle con un caminar semejante al del pato macho en celo. Tras subir unas retorcidas e interminables escaleras de mármol apareció ante ellos un amplio pasillo alfombrado con espesos y coloridos tejidos persas. Cuatro puertas se dibujaban a cada lado del tapizado corredor.

En su candorosa inocencia, Abelardo no encontró nada sospechoso en el hecho de recibir el trato que se reservaría a un noble huésped, cuando, hasta donde él sabía, se le había contratado con el único fin de generar una prolífica producción de polvorones.

Con un mohín de disgusto el mayordomo invitó a Abelardo a que entrara en la habitación cuya puerta sostenía abierta estirando mucho el brazo, como si no quisiera poner ni un pie en aquella estancia.

La habitación que le había sido adjudicada a Abelardo tenía la decoración más cursi que se pueda permitir una niña pequeña. Un rosa cegador cubría paredes y techo, y todo el mobiliario, así como el resto de los objetos, decorativos eran como una paleta de muestra para conocer las infinitas tonalidades de ese mismo color. La colcha de la camita estaba atestada de lazos y felices ositos de colorines, mientras que sobre el rosa chillón de las paredes colgaban un centenar de flores secas enmarcadas. Aquello era más de lo que Abelardo podía soportar. Con las sábanas rosa pálido de Barbie anudadas entre sí, saltó por la ventana y se deslizó por la pared exterior de la casa. Cuando puso un pie en la acera de la calle echó a correr como un galgo sin volver la vista atrás.